

Tengo contestador automático desde hace diez años.

Parece que estos aparatos ya son algo común, porque últimamente no encuentro tantos mensajes desatinados. Al principio abundaban y daba gusto escucharlos.

—Llamo de la cafetería tal, mándeme urgente dos kilos de moca matari y uno de blue mountain.

—Fulanita dice que se va de casa, sí o sí. Así que... ¿eh? hola, hola... ¿no me oyes? hola... ¡FFFF! —(sopla en el auricular)—... qué raro... aaa, aaa... uno, dos, tres, probando...

Pero eso no es nada. Una vez, la grabación empezaba con un grito.

—¡No me tomes por idiota!

Y seguía diciendo, en tono igualmente colérico:

—¿Qué es eso de usar a tu mujer para fingir que no estás en casa y librarte de dar excusas? ¡Hoy mismo me devolverás los trescientos mil yenes, ni un centavo menos!

Por supuesto, yo no tenía nada que ver; el señor había marcado el número equivocado. No sé cómo puede pasar algo así; en la grabación digo cómo me llamo, que no estoy en casa y que, cuando termine el mensaje y se oiga un pitido, por favor diga su nombre y el motivo de la llamada en el plazo de un minuto.

A algunos no les bastaba con un minuto y llamaban de nuevo para grabar una segunda parte. Pero la que se llevó la palma fue Tetsuko Kuroyanagi.

—¿Kuniko? Habla Tetsuko.

Parecía incapaz de omitir esa introducción, de modo que la soltaba a toda carrera y seguía diciendo, aún más rápido, que era la primera vez que hablaba por teléfono a una máquina y que le costaba horrores. Que le resultaba raro hablar con emoción, pero que también sería ridículo sonar como una locutora de noticiario y que no sabía qué hacer... Entonces terminaba el minuto y se cortaba la comunicación.

A esto le seguía otra llamada.

—¿Kuniko? Habla Tetsuko.

Tras el consabido prólogo, continuaba:

—Te llamo por lo de antes. ¡Qué rápido pasa un minuto! ¿A los demás les alcanza con eso? Qué inteligentes. Para mí, imposible.

En eso, se agotaba de nuevo el tiempo.

Y empezaba otra vez:

—¿Kuniko? Habla Tetsuko. Te llamo desde la sala de control del estudio, en NHK. Hace rato que estoy hablando sola y me miran como si me hubiese vuelto loca.

Mientras describía su situación, pasaba otro minuto.

Esto se repetía hasta completar nueve monólogos, sin pausa y a todo trapo, y acababa diciendo que el motivo de la llamada ya me lo contaría cuando nos viéramos. La grabación entera era un verdadero *show*. Nueve minutos de goce puro.

Me daba lástima disfrutarla sola, así que —aunque me remordía un poco la conciencia por hacerlo sin permiso— se la hice escuchar a directores que venían a hablar de algún programa y a otras visitas, como una especie de agasajo. Hasta el momento, nadie ha batido el récord de nueve llamadas consecutivas de Tetsuko Kuroyanagi.

La llamada más hosca de todas seguramente fue la que dejó grabada mi padre.

—¡Hmpf!

Quién sabe por qué, empezaba con un tremendo bufido. Y seguía:

—¡Toshio Mukōda!

Tras gritar su nombre a voz en cuello me ordenaba, bramando como si fuera a comerse el auricular:

—¡Llámame de inmediato a la oficina! ¡XX-XXX! —(el número).

Temiendo que se hubiera molestado por algo, lo llamé con el corazón en un puño. Resultó ser algo de lo más banal: Le habían dado unas entradas para el teatro *nō* y quería que fuera a buscarlas. Mi padre murió hace ocho años, y esa fue la única vez que escuché su voz en el contestador.

Mi madre ya se ha acostumbrado bastante, pero al principio me dejaba mensajes de lo más coloridos.

—Es tu madre. Ajá, conque no estás.

Evidentemente, estaba irritada.

—Si no estás, pues nada. Para qué voy a hablarle a una máquina. Cuelgo, ¿eh?

Con solo escucharla, casi podía verse su cara de enojo.

En estos diez años quedaron grabadas muchas llamadas curiosas, algunas de gente que había marcado mal. Mi favorita es la de una señora, aparentemente de edad madura.

—No soy nadie que merezca presentarse.

Su voz apacible y refinada seguía diciendo, en tono de disculpa:

—Creo que marqué el número equivocado... ¿Qué hacer en un caso así?

Y después, tras un leve suspiro y una pausa:

—Le ruego acepte mis disculpas. Con permiso.

Por último, se oía el sonido del auricular posándose delicadamente en la horquilla.

Pensé que eso se llamaba tener buenos modales. Traté de imaginar a la persona al otro lado de la línea; su apariencia, su ropa, su familia. Seguramente se inclinaría con gran elegancia al saludar.

Hace alrededor de medio año, mi madre tuvo problemas cardíacos. Sufría de algo llamado taquicardia paroxística y por momentos pasaba de las doscientas pulsaciones por minuto. Aunque no era algo con peligro para la vida, tanto ella como sus allegados estábamos intranquilos y se internó para que la examinaran. Mi madre, que está por cumplir los setenta el día de Nochevieja, tiene una salud de hierro y hasta ese momento solo había guardado cama para dar a luz. El hospital era una experiencia nueva para ella. Le dije que no se preocupara, que la darían de alta en cosa de un mes, pero fue en vano: salió de casa con la resignación de quien emprende el viaje al otro mundo.

Aun así, los primeros dos o tres días de hospital fueron una fiesta. Por la noche, empuñando su reserva íntegra de monedas de diez yenes, ella iba hasta el teléfono público del pasillo para informarme de los acontecimientos del día. Me contaba que estaba en el paraíso por no tener que pensar, tres veces al día, en qué cocinar. Que con cuánto esmero estaba elaborado el menú, teniendo en cuenta el valor nutritivo y las preferencias de la gente de edad. Que cuán diligentes y amables eran las enfermeras. Ni una reportera de televisión podría hacer una descripción tan vívida, aunque por momentos sonaba como si estuviese tratando, a la fuerza, de darse ánimos.

Al tercer día, los informes habían perdido brío y eran más breves. Al cuarto día, dejó de llamar.

Antes de que terminara esa primera semana, fui a verla tras acabar un trabajo que tenía entre manos. Estaba sentada en la cama y su cara se veía aún más pequeña que de costumbre. Ese día estábamos sus cuatro hijos, incluso mi hermana menor que se casó y vive con su familia. Lo penoso fue cuando llegó la hora de irnos.

Eché un vistazo al reloj de mi hermano y dudaba en cuándo decir «bueno, ¿qué les parece si...?». Mi madre se me adelantó un instante.

—Bueno, creo que ya tengo que acostarme —dijo de buen talante, tras lo cual se puso de pie resueltamente y empezó a repartir las flores y frutas que le habían traído las visitas. Hubo algún forcejeo, pero terminó haciendo que nos fuéramos con un botín mayor que el paquete que le habíamos traído.

—Aquí hay pacientes que nadie viene a ver y me da no sé qué que ustedes se aparezcan uno tras otro. Así que nada de visitas por un tiempo —declaró mientras marchaba por el pasillo —la más pequeña del grupo—, a la cabeza de sus cuatro hijos.

—En serio, no se les ocurra venir.

Insistiendo hasta el hartazgo, nos metió en el ascensor y, cuando la puerta ya se cerraba:

—Gracias por todo.

Así diciendo, nos saludó —con una formalidad tan contrastante con el brusco tono anterior que parecía otra persona— haciendo una profunda reverencia, como una ascensorista que despide a la clientela en la planta baja de un gran almacén.

Era un amplio ascensor de hospital, con espacio para una camilla. La puerta, de dos hojas, cerraba al centro. Al ver a mi madre —de pijama y llevando sobre los hombros el chal verde que le tejió mi hermana— inclinar la cabeza emblanquecida, me pareció aún más pequeña de lo que era. Apenas resistí el impulso de apretar el botón de «Abrir» y decirle alguna otra cosa.

Los cuatro hermanos bajamos, en silencio, del sexto piso a la planta baja. Mi hermano masculló «qué bajón», a lo que mi hermana más pequeña respondió «siempre es así». Ella venía a atender a mi madre a diario y él se aparecía cada tres días. Mi madre los acompañaba sin falta hasta el ascensor y los despedía así, con una reverencia. Por añadidura —según mi hermano—, el ángulo de inclinación dependía de cuánta gente hubiese.

—Hoy estábamos todos, así que fue cortés como nunca.

—Típico de mamá —dijo alguien y nos reímos con ganas mientras caminábamos hacia el estacionamiento, tratando de no mirarnos a los ojos, que se nos llenaban de lágrimas.

Era la segunda vez que mi madre me hacía una reverencia tan formal.

Hace dos años, la mandé de viaje a Hong Kong por seis días, con mi hermana de acompañante. Se resistió, argumentando que «tu finado padre se va a enfadar» y que «no hay que tentar a la suerte», pero yo conocía su amor por la buena mesa y su curiosidad, ávida para su edad, y sabía que —si lograba meterla en el avión— iba a gozar del viaje. Así que fue una partida en tono de riña.

En el aeropuerto hay una inspección del equipaje de mano de los pasajeros. Al otro lado de un tabique de plástico, vi como mi madre y mi hermana abrían sus bolsos frente al inspector.

—No lleva cuchillos ni otros objetos peligrosos, ¿verdad?

Era una pregunta puramente formal. Naturalmente, yo esperaba oír a mi madre responder «no». Pero ella, como si fuera lo más normal del mundo, dijo:

—Sí que llevo.

Tanto mi hermana como yo dimos un respingo. Entonces mi madre extrajo del bolso unas grandes tijeras de costura. No pude contenerme y grité:

—Mamá, ¿para qué trajiste semejante cosa?

Sin mirarme a mí ni al inspector, dijo:

—Va a ser toda una semana, y temía que me crecieran las uñas...

El inspector, sonriendo, le dijo «está bien, pase». Después, en la sala de espera, la regañé por no haber traído un cortaúñas.

—Me di cuenta cuando ya salía, y no quise ponerme a buscarlo a la carrera.

Aunque trataba de justificarse, era evidente que estaba de capa caída.

—Si tu padre aún viviese, seguramente me regañaría.

Me dio un poco de lástima. Me puse de pie sin llamar la atención, fui hasta la florería y pedí que me hicieran un ramillete de orquídeas. Querían cobrarme tres mil yenes; regateé y lo conseguí por dos mil quinientos. En cuanto se lo di a mi madre, se puso hecha una furia.

—¿Quién te crees que eres para malgastar así el dinero?

Pretendía que fuera a devolver el regalo y terminamos peleando. Mi hermana intercedió y le dijo que lo aceptara, que era algo único en la vida, con lo que mi madre finalmente se calmó y se puso el ramillete en el pecho. En ese momento se oyó el anuncio de embarque. Cuando la fila de pasajeros ya pasaba por el control de billetes, mi madre se detuvo de pronto y se volvió hacia donde yo estaba. Pensando que me diría adiós con la mano, levanté la mía, pero ella hizo una profunda reverencia. No pude menos que imitarla y bajar la cabeza, mientras seguía agitando la mano, por lo que terminé saludando al estilo del emperador.

Compré un billete y salí a la plataforma de observación. Era un día estupendamente despejado, y templado para ser invierno. Los aviones que partían o llegaban brillaban como trozos de mica en el puro azul del cielo.

El de mi madre comenzó a cambiar de dirección sobre la pista. De repente, se me hizo un nudo en la garganta y sentí que tenía que rogarle: «Por favor, no te estrelles. Si tienes que hacerlo, que sea a la vuelta, te lo suplico».

El avión terminó su ascenso y empezó a virar en lo alto. Había pasado el peligro. De repente, se me saltaron las lágrimas. «Si es apenas un viaje a Hong Kong», me dije, burlándome de mí misma. Pero mientras reía en voz alta, recordando el episodio de las tijeras y el ramillete, me caían las lágrimas sin parar. Era como cuando hace sol y llueve a la vez.

Mi abuela murió poco antes de que arreciara la guerra, o sea hace unos treinta y cinco años. Yo estaba en segundo año de la secundaria de muchachas.

La noche del velatorio, de pronto hubo revuelo en el vestíbulo.

—El presidente está aquí —dijo alguien.

Mi padre, que estaba sentado al lado del ataúd, se precipitó hacia la entrada, abriéndose paso a empujones entre la gente. Una vez ahí, de rodillas y con las manos sobre el escalón del vestíbulo, se inclinó ante el visitante, un hombre de edad madura.

Más que inclinarse, se postró frente a él. En aquella época, la gasolina ya estaba bajo control del Estado y el común de la gente no podía permitirse usar mucho el auto. La de mi padre era una empresa de cierta envergadura, miembro de un gran conglomerado. En aquel entonces, él era apenas jefe de sección. Seguramente no esperaba que el mismo

presidente se apareciera en el velatorio. En todo caso, fue la primera vez que vi a mi padre en esa actitud.

Siempre fue un prepotente, al menos desde que tengo uso de razón. Trataba a la familia a los gritos y alzaba la voz incluso a su propia madre. En parte por su estatus de jefe de sucursal provincial, siempre lo había visto sentado en el sitio de honor de la sala, de espaldas al pilar del nicho ornamental. Ahora se doblaba en una reverencia casi servil.

El autoritarismo de mi padre me disgustaba. ¿Por qué, si a mi madre nunca le compró ni un anillo, él iba al trabajo vistiendo un traje de cáñamo blanco, impecablemente almidonado? Cuando sus subordinados nos visitaban, ¿por qué los agasajaba con una opulencia desmedida para nuestra posición? ¿Por qué le tenía sin cuidado que sus hijos enfermaran de sarampión o tos ferina y aun así acudía a la oficina, conservando intacto su historial de cero retrasos e inasistencias?

En ese momento creí comprender la razón de su meteórico ascenso en el escalafón — nunca antes visto en la compañía—, tras empezar como mandadero y sin contar con más estudios que la primaria superior ni con los favores de nadie. En una época, mi abuela y yo llegamos a dormir en la misma habitación. Pero la tristeza que debí de sentir en su velatorio se esfumó por obra de aquella imagen de mi padre de rodillas. Fue lo único que me quedó grabado en la retina. En ese momento supe que así había venido él luchando, sin que nos enteráramos. Quise perdonarle que le sirvieran un plato más que a nosotros en la cena, y también los coscorriones con que se desahogaba cuando le costaba vender seguros y se le vencía el plazo. Aún hoy, cuando recuerdo a mi padre esa noche, se me encoge el corazón.

Mi madre se inclinó ante nosotros, sus hijos. Mi padre, por su parte, murió de una repentina insuficiencia cardíaca a los sesenta y cuatro años, cuando aún trabajaba en la empresa, sin habernos hecho ninguna reverencia. Si bien en sus últimos años se había ablandado en cierto grado, hasta el día de su muerte siguió regañándonos a gritos y haciéndonos bajar la cerviz.

Es complicado lo que se siente al ver a nuestros padres doblarse en una reverencia.

Es bochornoso, turbador. Nos causa gracia, tristeza y hasta un poco de rabia.

Ver inclinarse ante nosotros a la persona que nos ha criado nos recuerda,
dolorosamente, lo que ya sabemos: que nadie se salva de envejecer.